

pués por allí te veo cuando voy a Cartago.

Al terminar la Guerra de Liberación Nacional de 1948, operé en Cartago a un muchacho que había recibido un balazo que le penetró el cráneo y le dejó, en forma muy difusa, pero especialmente hacia el área motora izquierda, una cantidad de partículas de aquellas balas de plomo que usaban los fusiles Remington del tiempo de Yglesias, que aún en época tan posterior usaron las fuerzas del gobierno. Era tal la cantidad de plomo, que hubo que hacer lo que se pudo, lavando materia cerebral destruida y extrayendo muy cuidadosamente las partículas. Como necesitábamos ampliar el orificio craneano con un osteótomo, un tiempo después pusimos una placa de plata, que nos fabricó un orfebre, pues no había en aquel entonces aquí material electronegativo. Creo que fue la primera placa de su género que se empleó aquí para curar un defecto craneano.

Nuestros últimos esfuerzos fueron dirigidos hacia la hidrocefalia. Primero intentamos la operación de Cushing de 1908. Operamos a un niño a quien a través de una laparotomía le hicimos un canal en el cuerpo de la quinta vértebra lumbar, abriendo luego la dura para exponer el espacio subaracnoideo. Se colocó un tubo de metal fijo dentro del canal para drenaje al espacio retroperitoneal. Creo que operamos dos pacientes pero esa técnica no nos dio resultado. Habíamos leído la técnica de la aracnoideo-ureterostomía y la hicimos en un niño con gran hidrocefalia. La técnica consistía en extirpar el riñón izquierdo y anastomosar el uréter a un orificio en la duramater, expuesto mediante hemilaminectomía. De esta manera, el líquido céfalorraquídeo drenaría fácilmente. Pese a que tomamos las necesarias precauciones de hidratación, cuando vi al niño al día siguiente, tuve una impresión horrible. La cabeza enorme se había colapsado en todas las partes en que por razón de la hidrocefalia, no se habían unido los huesos; y el resto del cuerpo, mostraba una extrema deshidratación. Se había calculado bien y pasado los líquidos prescritos, pero el drenaje había sobrepasado nuestros cálculos.

Nos dedicamos luego a hacer drenajes internos a base de tubo fino de polietileno hacia inicios de los años cincuenta. Así, por la vía subcutánea, hacíamos un túnel y colocábamos el tubito largo, que por un extremo introducíamos, con la ayuda de un pequeño trocar, en cavidad ventricular y luego por el otro extremo, en la pleura o en el peritoneo, encima del hígado. Creo que este procedimiento fue mejor aunque hay que decir que tampoco resuelve el gran problema de la hidrocefalia y los tubitos a veces se obstruían. Dejamos pues la neurocirugía. José Luis Orlich había también comenzado a trabajar en ella después de su regreso de Nueva Orleans, en donde se especializó en ortopedia. Le hice donación de mis espátulas de Cushing y otros instrumentos y me dediqué a otra cosa. Pero no me duele de la incursión que hice en ese campo, que años después, competentes especialistas más jóvenes lo hicieron posible como una especialidad más en nuestro país.

Narro una época y experiencias que me tocó vivir y con el auxilio de otros colegas, llevar a cabo. Lejos está

en mi ánimo eclipsar hechos semejantes de colegas más viejos. Se dice que el Doctor don Carlos Durán drenó por primera vez un tumor cerebral. La anécdota que me contaron hace muchos años es esta: hecho el diagnóstico de un absceso cerebral en una paciente perteneciendo a una distinguida familia de San José, el doctor manifestó que la única forma de tratarlo era drenándolo mediante una operación, la cual sería la primera que él haría y el riesgo por lo tanto muy grande. La familia aceptó y el doctor les dijo que tendría que dar comienzo a los preparativos. Al día siguiente que don Carlos llegó a ver a su paciente, sus padres muy ansiosos le preguntaron que qué pasaba que no la operaba. Es que me falta luz, les contestó. Pero eso yo lo resuelvo inmediatamente, dijo el padre, que alguna posición tenía en la Compañía Eléctrica; y así pasaron tres o cuatro días y las contestación era la misma. Durán estudiaba mientras tanto la anatomía del cerebro y la forma que tendría que dirigir su trocar para llegar al absceso. Es posible que hubiese más de un cráneo en la morgue del hospital. Cuando tuvo los conocimientos reunidos, entonces les dijo: ya tengo la luz que necesitaba. La paciente fue operada y sanó de su absceso. Así otros cirujanos operaron en el cerebro, como el Dr. don Ricardo Marchena, a quien me tocó verle operar una o dos pacientes meningíona, con éxito. Cuantos otros no reportaron sus pacientes y quizás sus hechos quirúrgicos se quedarían sin conocer.

#### LOS PRIMEROS PASOS DEL MEDICO

Que dedico con afecto a los jóvenes de nuestras Universidades o venidos del exterior, que hoy comienzan su internado en los hospitales de la República.

Aquello fue el amanecer de carreras. No eran las siete cuando entré por la vieja puerta de los médicos del Hospital San Juan de Dios. Una enfermera en la sala de operaciones me cedió un uniforme y me dijo adónde se encontraba el cuarto de los médicos internos. Poco rato después comenzó un trabajo que en el curso de muchos años, aun no ha terminado y que ha producido alegrías así como sinsabores y desvelos, pero que condujo a nuestra formación como médicos. Según la lista, me tocaba cirugía menor todo el día. Tuvimos en la mañana las consecuencias del treinta y uno: ebrios y golpeados leves, por riñas callejeras y de los "toros" de la noche; pero la cosa se complicó como a las tres de la tarde cuando un autobús chocó con el tranvía en la propia esquina del Hospital y nos comenzaron a llegar heridos: aquí uno con una fractura del brazo; allá otro con una herida en la frente y tantos más. No alcanzaban las mesas de exámenes y tuvimos que ponerlos en las bancas y hasta en el piso, atendiéndolos de acuerdo a prioridades. En aquellos días no había médicos residentes y los internos no pasábamos de unos pocos, seis o siete. En aquel primero de enero de 1945, los de guardia éramos dos jovencillos: Manuel Aguilar Bonilla y yo. Ya teníamos todo caminando y una a una las heridas recibían su tratamien-

to quirúrgico cuando llegó una ambulancia con la cuota de los toros de Plaza Viquez. Continuamos de guardia toda la noche y el dos de enero seguimos de frente, pues ya habían terminado su internado algunos y no habían llegado los nuevos.

Aquella generación fue enriqueciéndose con la llegada de nuevos médicos, todos procedentes del exterior: Carlos Aguilar Alfaro, Rodrigo Cordero Zúñiga, Memo Guillén, Manuel Emilio Chavarría, Luis Acevedo, Abelardo Brenes, Humberto Araya y muchos más, la mayoría formados en México. Araya era pediatra y con marcado acento mexicano le preguntaba a las madres que llegaban a admisión con su niño enfermo: ¿y cuántos biberones le da al nene? ¡Claro, que no le entendían!

Poco tiempo después llegó la segunda camada, la de los graduados en Nueva Orleans: Tony Facio, Miguel Dejuk, José Luis Orlich y Mario Gamboa. Miguel, que se había criado en Limón, había perfeccionado su inglés regional con el acento del Sur y era el idolo de los negros que llegaban enfermos de "La Línea" en el tren de las cuatro y Miguelito escribía: "Patient's chief complaint is "pien". Vino luego la tercera camada, la de los italianos que se habían quedado atrapados por la Guerra. El primero que apareció fué Toño Portugués, que enriqueció nuestra nosología con "il morbo di Cotugno"; luego aparecieron Calvosa, Macho Estrada, Otto Jiménez y Fernando Escalante. Todos hicimos muy buenas migas. Formados en diferentes escuelas y culturas, fue el Hospital San Juan de Dios el crisol que nos unió y también al final del internado, nos distribuyó en sus diversos servicios, con los jefes de aquella época, maestros consumados de un valor humano y profesional extraordinario que habían muchos de ellos fundado la escuela médica de San Juan de Dios: Peña Chavarría, Chalito Cubero, Jorge Vega, Carlos Sáenz Herrera, Carlos Luis Valverde, Ricardo Marchena, Oscar Martínez, Mariano Salazar, German Naranjo, Pedro Hurtado Peña, Marcial Fallas, Alexis Agüero, Fernando Pinto, Julio César Ovarés, Enrique Berrocal, Eugenio García Carrillo, Enrique Aguilar y muchos más. Cada uno a su manera fueron todos magníficos. Siempre recuerdo con afecto a Carlos Luis Valverde quien al término del internado me detuvo en uno de los corredores del Hospital y me dijo: "¡Vesalio, quiero que te vengas conmigo al Durán! Me vi en una situación emocional muy delicada, pues el Doctor Jorge Vega, la víspera, me había pedido que fuera miembro de su servicio Barrionuevo y yo le había aceptado con gran júbilo. Cuando lleno de pena le manifesté al Dr. Valverde que le agradecía su gran deferencia pero que ya me había comprometido con el Dr. Vega, me dijo: "¡qué lástima, Vega se me adelantó, pero te quiero decir que mi Servicio siempre estará abierto para vos!. Muchos años después, cuando llegué a ser jefe de ese Servicio, recordé a Carlos Luis, su antiguo jefe y aquellas palabras afectuosas y de ayuda para un colega joven. Con Jorge Vega me formé y siempre me he ufano de ser de su escuela quirúrgica, una de las más vigorosas que ha tenido Costa Rica. Así ocurrió también con los compañeros que se afiliaron a

los otros servicios médicos y quirúrgicos del Hospital y fueron luego ascendiendo en la escala de valores de la medicina nacional en los diversos hospitales del país.

El internado es la escuela en que el estudiante, habiendo terminado sus estudios, sale como del capullo, con tiernas alas con las que comienza a volar. Hay que ayudarlo a levantar el vuelo y mantenerle en él. Si alguna vez se necesita un mentor es aquí, en que la dimensión hipocrática del maestro adquiere su plena medida frente a un pupilo que busca dirección, ejemplo y consejo. En Peña Chavarría, el director severo, tuvimos el maestro del orden, de la disciplina y la rectitud. Noche tras noche visitaba el Hospital, como si no hubiera sido suficiente todo el día dirigiendo la inmensa institución. No faltaba hacia las ocho de la noche, cuando pasaba por admisión, su pregunta a cada uno de nosotros: ¿Hay algo especial? Por supuesto que lo había, pues no faltaba algún problema administrativo médico que no podíamos resolver. Una noche lo metimos en un lío pues estábamos discutiendo entre los internos si el gran abdomen de una señora era un embarazo con hidramnios o un quiste gigante del ovario o una ascitis. Le pedimos consejo, examinó detenidamente a la paciente y quedó en las mismas que nosotros. Quien resolvió el problema fue la doctora Marietta Rimola. Pasando de casualidad y sin entrar siquiera por el cuarto de exámenes, se asomó y nos dijo a secas: ¡eso es una retención de orina, Catetericenta!; así procedimos y a la paciente le desapareció el gigantesco abdomen y todos aprendimos algo más esa noche.

Lo más emocionante era para quienes teníamos inclinaciones quirúrgicas, aquel acto de confianza y desprendimiento de un cirujano mayor hacia el muchacho que le había asistido bien muchas veces a operar y que un día, así de sorpresa, le "cedía el bisturí" como se decía entonces. Comenzábamos a cortar y a ligar vasos y luego a tratar de encontrar el apéndice que no aparecía y ya cuando nos dábamos por vencidos, con una maniobra certera del maestro, brotaba como por arte de magia, allí facilitó, para que lo exteirpáramos y pudiéramos decir luego: ¡hoy hice mi primer apéndice! Esos maestros no percibían sueldo o era éste apenas una suma simbólica.

En los templos de Esculapio estudiaban en Grecia los médicos de la antigüedad y en las Universidades estudian los de hoy. Pero es el Hospital a la par del enfermo, siguiendo el ejemplo de los médicos formados, como se hace el clínico y en unión y camaradería entre unos y otros como se proyectan las generaciones del futuro.  
¡Feliz Año Nuevo, jóvenes Internos!

1o. de enero de 1982.

## NECESITAMOS UN CAMBIO DE NUESTRA MEDICINA ACTUAL

El Señor Presidente Ejecutivo, el Señor Gerente y demás altos personeros de la Caja Costarricense de Seguro Social, han advertido al país de la muy difícil situación económica por la que atraviesa la institución. Es un gesto de honradez y valentía que los enaltece. En su últi-